

# Los mártires jesuánicos en el tercer mundo\*

---

**Jon Sobrino,  
Centro de Reflexión Teológica,  
San Salvador.**

En los últimos treinta años, más o menos a partir de Medellín, muchos cristianos y cristianas han sido asesinados en América Latina. Sin preguzar ahora su realidad dentro de la Iglesia oficial (si lo son o no en el sentido canónico), espontáneamente el pueblo los ha llamado «mártires». También lo han hecho jerarcas como don Pedro Casaldáliga —«pastor y mártir nuestro», dijo de Monseñor Romero poco después de su asesinato—, y teólogos como Karl Rahner, quien escribía: «¿por qué no habría de ser mártir un monseñor Romero, por ejemplo, caído en la lucha por la justicia en la sociedad, en una lucha que él hizo desde sus más profundas convicciones cristianas?»<sup>1</sup>. Y así lo vio también el mismo monseñor Romero. Hablando de los sacerdotes asesinados, decía: «Para mí que son verdaderos mártires en el sentido popular... Son hombres que han predicado precisamente esa incardinación en la pobreza. Son verdaderos hombres que han ido a los límites peligrosos, donde la Unión Guerrera Blanca amenaza, donde se puede señalar a alguien y se termina matándolo, como mataron a Cristo»<sup>2</sup>. Y esta situación no acaba de terminar entre nosotros. El 26 de abril del año pasado fue asesinado monseñor Juan Gerardi, obispo de Guatemala, dos

---

\* Las ideas fundamentales de este artículo aparecieron hace años en *Jesu Cristo Liberador* (San Salvador, 1991), pp. 440–445, y, más recientemente, en «Die Bedeutung der Märtyrer für die Theologie», en *Reflektierter Glaube. Festschrift für Erhard Kunz SJ zum 65. Geburtstag* (Egelsbach, Frankfurt a. M., München, 1999), pp. 199–215. Para este número monográfico las hemos reelaborado y sistematizado.

1. «Dimensiones del martirio», *Concilium* 183 (1983), p. 323.
2. *Homilía* del 23 de septiembre de 1977.

días después de haber presentado y entregado al pueblo guatemalteco un informe sobre la verdad de la represión en estos años. Es mártir de la memoria de un pueblo<sup>3</sup>.

Estamos, pues, ante una doble constatación. La primera, y más fundamental, es que acaecen muertes de gran excelencia cristiana. Eso es lo que capta el pueblo cristiano (y cualquier ser humano de buena voluntad), y esa captación es certera, sea cual fuere el lenguaje que se use para describir esas muertes. La segunda constatación es que para expresar la excelencia de esas muertes muchos llaman hoy «mártires» a estos cristianos (a lo que pueden añadir otros términos, como «profeta», «santo»...).

Hasta aquí las cosas son sencillas. Existen magníficos cristianos y cristianas que han vivido y entregado sus vidas por amor, que traen salvación y que han salvado sus vidas, y así nos recuerdan a Jesús. Pero, al llamarlos «mártires» surge un problema: si, según la Iglesia, lo son en verdad. Para poder dar una respuesta es normal que se recurra a un concepto de mártir previo (el neotestamentario, el de la tradición, el canónico...) y verificar si las personas asesinadas cumplen los requisitos exigidos por ese concepto. El problema deja de ser, entonces, el de la *realidad* de las personas que son dadas muerte y pasa a ser el de la correcta *teorización* de esas muertes, según la instancia eclesial.

Digamos desde el principio que lo importante no es *cómo* se llame a esos cristianos, ni hay que pensar que (sus vidas y) muertes cobran excelencia cristiana porque se los llame de una determinada manera. En palabras sencillas, canonicen o no a monseñor Romero, lo canonicen como mártir o como confesor, no es eso lo decisivo para saber quién fue él y cuán excelente cristiano fue. Cuatro días después de su muerte Ignacio Ellacuría dijo que «con monseñor Romero Dios pasó por El Salvador», y dudo yo que se puedan decir palabras más elocuentes sobre quién fue monseñor Romero y sobre la excelencia cristiana de su vida.

Sin embargo, ya que existe el concepto «mártir» y ya que el pueblo lo usa, es bueno analizarlo. En lo pastoral ayudará a profundizar la devoción del pueblo. Y ayudará también a la fe y a la teología, pues el análisis no versa sobre

3. Además de este tipo de mártires, existen, como se analiza en otros artículos, otros, sobre todo un ingente número de seres humanos (con frecuencia niños, mujeres y ancianos) que han sido asesinados indefensamente en grandes masacres, sin que todavía exista un nombre adecuado para nombrarlos. Entre nosotros los equiparamos al «siervo de Yahvé», que carga con los pecados del mundo y muere bajo su peso, en la ignominia y el anonimato. Mons. Romero dijo que el siervo de Yahvé es hoy «el pueblo sufriendo», *Homilía* del 22 de octubre de 1979, lo que Ignacio Ellacuría analizó teóricamente en su conocido artículo «El pueblo crucificado», que fue publicado en varios lugares, y, tras su asesinato, en *Revista Latinoamericana de Teología*

meros requisitos canónicos para ser proclamado mártir, sino sobre la relación del mártir con los seres humanos, con Jesús y con Dios. Analizar en serio el martirio es, como siempre, repensar a Dios.

Pues bien, para comprender la excelencia de las muertes violentas de los cristianos de hoy y poderlos declarar mártires, vamos a proponer no sólo *ampliar* el concepto de «mártir» (ampliación que nos parece legítima y necesaria), sino de alguna manera *cambiar el analogatum princeps* del concepto. Lo fundamental de esta propuesta es entender por «mártir», ante todo, a los que mueren como Jesús y por las mismas razones que Jesús. Son los *mártires jesuánicos*.

### 1. Concepción tradicional del martirio y necesidad de historización

*Primera proposición.* La noción tradicional de mártir —testigo— a quien libremente y sin que él haga uso de la violencia le quitan la vida *in odium fidei*, tiene sus orígenes en los primeros siglos de la Iglesia. En sí misma, sin embargo, esa noción es histórica, lo cual quiere decir que puede seguir cambiando a lo largo de la historia.

Desde los comienzos de la Iglesia la muerte violenta por causa de la fe cristiana —digámoslo de forma muy general— fue tenida como la muerte cristiana por antonomasia, de modo que lo que hoy llamamos «santos» al principio lo fueron sólo los mártires. La excelencia de esa muerte se comprendió porque con ella se daba testimonio de la fe, del evangelio. Mártir es el testigo<sup>4</sup>, concepción que —más allá de la tautología lingüística— se generalizará hacia mediados del siglo II: «dar testimonio de la verdad de la fe con la propia vida»<sup>5</sup>.

Las persecuciones posteriores obligaron a ahondar en la reflexión de acuerdo a situaciones históricas concretas, como no pudo ser menos: también aquí la historia es lo que da que pensar y no un concepto intemporal predefinido de lo que sea «martirio». Es importante recalcar, sin embargo, que desde el principio el martirio fue comprendido no como algo inesperado, sino como algo históricamente necesario, consecuencia de la específica conflictividad inherente a la fe cristiana. En términos sencillos, desde muy pronto, en el primer escrito del Nuevo Testamento, se dijo: «Ustedes saben que ése es nuestro destino [...] tendremos que enfrentar la persecución» (1Tes 3, 2ss). Y también se adujo, de diversas formas, la razón teológica de dicha conflictividad: «no se puede servir a dos señores» (Mt 6, 24); «hay multitud de dioses y señores [...] pero para nosotros no hay más que un solo Dios [...] y un solo Señor, Jesucristo, (1Cor 8, 6).

4. J. M. Castillo, «El martirio en la Iglesia» ECA 505-506 (1990), pp. 959-965.

5. Th. Baumeister, «Mártires y perseguidos en el cristianismo primitivo», *Concilium* 183 (1983), pp. 312-320.

La raíz del martirio fue vista en el transfondo de la dimensión dialéctica y dúlica de la fe<sup>6</sup>.

A su vez, la excelencia del martirio se fue formulando, paulatinamente, a partir de la relación positiva e insuperable que el martirio establece con Dios, con Cristo y con los seres humanos. Así, desde una perspectiva *crisológica*, el martirio fue comprendido como modo de participar en el destino de Cristo, su muerte, obviamente, y también su resurrección. Desde una perspectiva *teológica*, fue considerado diversamente como la forma más elevada del amor a Dios, como la máxima gracia de Dios. Desde una perspectiva de *praxis cristiana*, fue considerado como la máxima expresión del amor al prójimo. Y desde una perspectiva *soteriológica*, fue considerado como muerte con eficacia salvífica para los que sobreviven a los mártires. Baste este recordatorio para mostrar cómo se fue complejizando y enriqueciendo la comprensión y valoración del martirio.

Lo que ahora nos interesa recalcar de este breve resumen, sin embargo, es que este tipo de reflexiones sobre el martirio son, obviamente, históricas. Son formas de conceptualizar la intuición fundamental de la excelencia cristiana de estas muertes. Sin embargo, como ha ocurrido con muchas otras conceptualizaciones teológicas, también aquí fue imponiéndose paulatinamente una noción precisa, y aun canónica, del martirio que se enrumbo en una determinada dirección, se absolutizó y ha llegado hasta nuestros días. Así, la definición oficial vigente<sup>7</sup> del martirio pudiera ser descrita de la siguiente manera: «la aceptación libre y paciente de la muerte *por causa de la fe* (incluida su enseñanza moral) en su totalidad o con respecto a una doctrina concreta (vista ésta siempre en la totalidad de la fe)»<sup>8</sup>. En conjunto, como lo sigue afirmando el catecismo de la Iglesia Católica, el martirio es visto como «supremo testimonio de la verdad de la fe hasta la muerte»<sup>9</sup>, muerte que es infligida por una razón específica: el *odium fidei*.

- 
6. Este recordatorio sigue siendo importante hasta el día de hoy. Buenos y necesarios son muchos de los valores que hoy se propician, tales como la tolerancia, el diálogo, el consenso, pero eso no quita la conflictividad inherente a la fe cristiana, que, en último término, proviene de la conflictividad de la misma realidad: la activa existencia de ídolos, antirreino. En otras palabras, esta conflictividad es metaparadigmática o transparadigmática, y no desaparece con los cambios de paradigmas.
  7. Aunque de alguna forma está también en revisión precisamente porque en el tercer mundo hay cristianos que son asesinados por defender la justicia.
  8. Así interpretaba Rahner el concepto usual de martirio desde un punto de vista dogmático y de teología fundamental, *cfr. LThK VII*, p. 136. El subrayado es nuestro.
  9. Así lo describe el catecismo de la Iglesia Católica n. 2473. El citado número se encuentra en el apartado sobre «El octavo mandamiento» y, dentro de él, en el acápite «Dar testimonio de la verdad».

El martirio ha sido comprendido, pues, como testimonio en favor de la verdad, comprensión posible y útil para expresar la excelencia de ese tipo de muerte. Pero -en lo que queremos insistir ahora- ésa es sólo *una* determinada comprensión de la excelencia de las muertes violentas que pueden sufrir los cristianos, comprensión que por su propia naturaleza puede y debe ser actualizada y ampliada, pues, de no serlo, lleva a limitaciones y aun a absurdos, como lo hizo notar Rahner en el artículo citado. María Goretti, asesinada en 1902 por defender la pureza, fue canonizada como mártir, pero para ello tuvo que ser ampliada la definición oficial: a la muerte por el testimonio de la fe y el *odium fidei* correlativo fue necesario añadir el testimonio que se da a través de la conducta moral. Y a la inversa, por no ampliar la definición tradicional, se llegó al hecho sorprendente de que se canonizase a Maximilian Kolbe como confesor y no como mártir<sup>10</sup>.

Pues bien, creemos que en la misma situación estamos ahora. En estos últimos años, un gran número de cristianos ha sido asesinado en América latina y en todo el tercer mundo por ser, digámoslo en su máxima generalidad, «seguidores de Jesús hasta la muerte». La gente los reconoce como mártires, pero no lo son, necesariamente, según los cánones. Para superar esta anomalía hay que ampliar la noción del martirio, hacerla más análoga. Más aún, pensamos que hay que cambiar el *analogatum princeps* del martirio. Este problema no es esencialmente académico, sino histórico y existencial. No se trata de hacer que la realidad se ajuste a un concepto previo, sino, a la inversa, se trata de que el concepto haga justicia a la realidad<sup>11</sup>.

## 2. La concepción «jesuánica» del martirio

*Segunda proposición.* La muerte violenta de muchos cristianos y cristianas, sobre todo en el tercer mundo, ha hecho repensar la noción de martirio. Mártir es fundamentalmente aquel y aquella que, en lo sustancial, siguen a Jesús, viven dedicados a la causa de Jesús y mueren por las mismas razones que Jesús. Son los mártires «jesuánicos».

- 
10. «Quien contemple a Maximilian Kolbe sin ideas preconcebidas, prestará mayor atención a su muerte y a su conducta en el campo de concentración que a su vida anterior, y lo considerará como mártir de un amor cristiano desinteresado», K. Rahner, «Dimensiones...», p. 323. De hecho, su estatua está ahora en la abadía de Westminster como uno de los diez grandes *mártires* de nuestro siglo. Y también es evidente que la muerte de Maximiliano Kolbe está en la línea joaneica de la muerte por amor al prójimo.
11. Digamos de pasada que tras estas reflexiones también se esconde un problema de poder: quien posee la definición de lo que es un mártir (o la definición de lo que es santidad, conversión, felicidad, etc.) tiene un gran poder sobre la conciencia colectiva cristiana. El hecho es claro, y la exigencia es que se use bien de ese poder.

Comencemos por un hecho evidente. En América Latina, muchos cristianos han llevado a cabo una forma de vida y, sobre todo, una praxis como la de Jesús. Han anunciado el evangelio de un reino para los pobres y han denunciado proféticamente el antirreino que oprime y reprime a los pobres. Y en esto consiste, por cierto, la mayor novedad histórica, en comparación con otros modos de ser cristiano, que también han originado martirios, en otras épocas y lugares. En principio, todo ello lo han hecho por amor a los pobres, los privilegiados de Dios. *De esa forma* se han asemejado a Jesús en vida y *por esa razón* han sido dados muerte como Jesús. Según eso, mártir es la persona que muere como Jesús porque su vida, su amor y su praxis fueron estructuralmente —según un más y un menos, por supuesto— como las de Jesús. Dicho de otra forma, el elemento material imprescindible para poder hablar de martirio es que haya muerte violenta, pero el elemento formal consiste en que esa muerte sea, de alguna forma, *expresión* y, sin caer en una casuística estéril, *culminación* de una praxis de defensa y de amor a los pobres y oprimidos, tal como lo fue la muerte de Jesús.

Esto quiere decir que estos cristianos y cristianas no son hoy matados, formal e históricamente, por un *odium fidei* explícito, ni por profesar públicamente una fe o una doctrina en contra de otras fes religiosas o en contra de ideologías ateas o en contra de otras Iglesias, como ha sido lo normal en el pasado. Por el contrario, quienes hoy asesinan a cristianos en América Latina son bautizados, se consideran cristianos, y, a veces, justifican incluso los asesinatos como defensa de la fe cristiana<sup>12</sup>. El *odium fidei*, la razón central para que pueda hablarse de martirio, no está, pues, explícitamente presente en los martirios actuales, aunque en estos martirios siempre está implícitamente presente el rechazo a un Dios de la justicia, de los pobres, de las víctimas.

Pero más importante nos parece apuntar a otra diferencia. En el martirio que hemos llamamos jesuánico se conceptualiza de diferente manera la relación del mártir con Cristo: el mártir jesuánico es no sólo ni principalmente el que muere *por* Cristo o *por causa* de Cristo, sino el que muere *como* Jesús y *por la causa* de Jesús. Martirio es, entonces, muerte no sólo por fidelidad a algún mandato o exigencia de Cristo (doctrina o mandamiento) —que, hipotéticamente, pudiera ser ajena a la realidad de Jesús de Nazaret, arbitraria incluso—, sino que es reproducción fiel de la muerte de Jesús y de lo que lo llevó a ella. Esencial al martirio es, entonces, la afinidad con la vida y la muerte de Jesús, superándose así una cierta posible exterioridad del mártir con respecto a Jesús. Lo que hace a alguien mártir es el seguimiento de Jesús, la entrega a la causa del reino de Dios

---

12. Al día siguiente del asesinato de los mártires de la UCA, estando yo en Tailandia, un joven me preguntó con gesto de total incredulidad: «¿En su país hay católicos que asesinan a sacerdotes?»

y la fidelidad a sus exigencias hasta el final, más que el ejercicio de determinadas virtudes.

Creemos que este «parecerse a Jesús en vida y en muerte»<sup>13</sup> de los cristianos asesinados es lo que ha obligado a repensar la definición del martirio en América Latina. Y ha obligado también a un cambio metodológico decisivo (coherente con las cristologías latinoamericanas, que tienen como punto de partida a Jesús de Nazaret): hay que comprender lo que sea muerte martirial, ante todo, a partir de la muerte de Jesús. Y así ha ocurrido. «Jesucristo, sacramento original del martirio», formula L. Boff<sup>14</sup>. Esta opción metodológica lleva también a introducir algunos cambios en la noción tradicional del martirio. Uno es admitir la reformulación del *odium fidei* también como *odium iustitiae* (congruente con la praxis de Jesús)<sup>15</sup>. Otro es que en el *sin violencia* suele estar presente la violencia profética (también congruente con la conducta de Jesús).

Lo importante es la conclusión: lo que permite declarar la excelencia de la muerte de los cristianos y cristianas asesinados en nuestros días es que así fue la muerte de Jesús. Y lo que permite y exige llamarlos mártires es que la muerte de Jesús sea comprendida como la de un mártir. Desde esta perspectiva, el análisis del martirio actual no debiera comenzar —ni menos concentrarse— en el análisis del término *martyr*, testigo, sino en el análisis de la *realidad* del «seguidor consecuente» de Jesús, del «parecerse» a Jesús. Y esto ya se dice, con mayor o menor claridad, en el Nuevo Testamento.

El evangelio de Mateo habla varias veces de persecución y muerte del seguidor de Jesús, y la razón para ello está en la *realidad del mismo Jesús*: a sus seguidores les perseguirán por su causa, por ser y hacer como Jesús. «Los odiarán por causa mía» (Mt 10, 21–22), «les entregarán a la tortura y les matarán, y serán odiados por todas las naciones por causa de mi nombre» (Mt 24, 9–10), «Dichosos cuando les persigan por mi causa» (Mt 5, 11). Ese «por causa mía», por un lado, personaliza la razón de la persecución y del martirio, pero remite también —y esencialmente— a la causa de Jesús: el anuncio del reino y la denuncia del antirreino. No hay que olvidar que es el mismo Jesús quien envía a una misión semejante a la suya, a anunciar el reino, expulsar demonios, y por eso les anuncia que sufrirán persecución (Mt 10, 16). Lo que con esto queremos recal-

13. Para poder establecer esa semejanza ha sido también importante (y necesaria) una lectura histórica de la muerte de Jesús como consecuencia de su vida al servicio del reino y en contra del antirreino, y no como mero cumplimiento de un abstracto designio de Dios.

14. «Reflexión sistemática sobre el martirio», *Concilium* 183 (1983), p. 326.

15. Aunque en los sinópticos Jesús es condenado por blasfemo (*in odium fidei* del verdadero Dios, el de Jesús) es sabido que ese pasaje es redaccional. La verdadera causa de la muerte de Jesús está en su repulida intención de destruir el templo, el símbolo de una teocracia injusta (*in odium iustitiae*).

car es que en la concepción del martirio hay que quebrar una cierta «exterioridad» con respecto a Jesús, exterioridad que no se supera simplemente al afirmar que se da testimonio de Cristo. En contra de esa exterioridad hay que afirmar la «afinidad» del mártir con respecto a Jesús, el «parecerse a Jesús».

La teología de Juan dice lo mismo de otra manera y, quizás, con mayor profundidad. Jesús afirma con toda claridad lo que le espera al seguidor fiel: «Los expulsarán de las sinagogas. E incluso llegará la hora en que todo el que les mate piense que da culto a Dios [...] Les digo esto para que cuando llegue la hora se acuerden de que yo se lo había dicho» (Jn 16, 1-4). Y para ello da la razón decisiva: «cuando el mundo les odie tengan presente que primero me ha odiado a mí» (Jn 15, 18). Dicho con más claridad, dice Jesús que «el siervo no es más que su señor, si a mí me han perseguido también a ustedes les perseguirán» (15, 20).

Además del énfasis en el asemejarse a Jesús como causa de la persecución, la teología joanea desarrolló otra tradición sobre la excelencia cristiana de la muerte: la entrega de la propia vida por amor a los hermanos (Jn 15, 13; 1Jn 3, 16) (lo que después introducirá santo Tomás en su propia comprensión del martirio: el amor es el elemento formal que otorga excelencia al martirio<sup>16</sup>). De esta forma, nos parece, se pronuncian y se hacen explícitos los dos elementos fundamentales de los martirios «jesuánicos» actuales. Uno es el amor y la defensa a los hermanos, los pobres. Otro es el realizar ese amor y llevar a cabo esa defensa del pobre como Jesús de Nazaret.

La conclusión de estas breves reflexiones es que la persecución y la muerte que sobrevendrán a los cristianos tienen como causa fundamental el «parecerse» a Jesús, reproducir su vida y su praxis. Según esto, la muerte sobreviene a los seguidores de Jesús al introducirse en el dinamismo esencial de su vida. Dicho con la mayor sencillez posible, (1) Jesús es asesinado porque estorba; (2) Jesús estorba porque ataca a los opresores; (3) Jesús ataca al opresor para defender al pobre; y (4) Jesús defiende a los pobres -hasta el final- porque los ama.

Jesús es «testigo», sí, y testigo de la verdad —como dice Juan 18, 37—, pero, según la lógica de su existencia, antes que testigo es «profeta» en contra de los opresores y antes que «profeta» es «defensor» de los pobres, porque los ama. En lenguaje judicial, Jesús da testimonio (es *mártir*) del amor de Dios, parcial y gratuito, al pobre. Pero ese testimonio lo da, ante todo, en el *hacer real* su amor y en el *hacer real* su defensa del pobre. En este sentido, aunque la elección de los términos no sea lo más importante, para hablar adecuadamente de mártires jesuánicos, pensamos que antes que de «testigo» de la verdad hay

16. ST II-II q. 124, a. 2, ad 2. Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."  
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas



que hablar de «defensor» del pobre. Jesús es el buen pastor que defiende a las ovejas —no las abandona ni huye como el mercenario— hasta dar la vida por ellas.

Al morir, Jesús da testimonio, pero no lo matan por ser testigo, sino por ser profeta y defensor del pobre. No negamos que la terminología de «testigo» no pueda recoger ese «parecerse» a Jesús, pero tampoco tiene por qué hacerlo a cabalidad. Ni hay por qué separar el elemento del «dar testimonio de la verdad» y el de «entregar la vida por amor a los hermanos». Pero, estrictamente hablando, no son idénticos, y la concepción de martirio fue enrubándose, conceptualmente, más según la primera dirección (dar testimonio de la verdad) que según la segunda (entregar la vida por amor a los hermanos).

Para volver a enrumbarla en la línea jesuánica del amor, bueno será recordar cómo la teología joanea unifica y jerarquiza la dualidad que se expresa en la doble línea de la vida y de la verdad: *charis kai aletheia*, gracia (vida) y verdad. Ambas van unidas, pero la prioridad la tiene la *charis*, la vida. Y lo mismo aparece desde su contrario: el maligno es asesino (hace contra la vida) y es mentiroso (hace contra la verdad) —y por ese orden<sup>17</sup>. En esta línea de pensamiento, podríamos decir también que el mártir es «defensor de la vida» («defensor del pobre») y «testigo de la verdad», pero por ese orden.

A esta forma de comprender el martirio según lo ocurrido a Jesús, la hemos llamado «jesuánica». Objetivamente, y aunque no hay por qué separar ambas cosas, hay más realidad jesuánica en morir por haber vivido como Jesús que en morir por haber confesado que Jesús es el Cristo. No prejuzga esto que las formas históricas del martirio sean variadas, según tiempos y lugares (el de María Goreti, ya citado; el de san Andrés Bobola, atrocemente martirizado en el siglo XVII por mantener su pertenencia a la Iglesia católica; los martirios en los tres primeros siglos por no ofrecer sacrificios al César), y de ahí que insistamos en la analogía del martirio. Y mucho menos prejuzga la santidad subjetiva de los

---

17. «La denuncia dramática que recorre el evangelio [de Juan] es que se puede pervertir el concepto de Dios hasta el punto de intercambiarlo por un principio de muerte y de mentira (¡en este orden: muerte y mentira!)», J. Barreto, «Señales y discernimiento en el evangelio de Juan», *Revista Latinoamericana de Teología* 40 (1997), p. 55.

18. Cuando se leen algunas actas de mártires no puede uno menos de conmoverse por el gran amor a Cristo que expresan. Además, en muchos martirios *in odium fidei* no tiene por qué estar existencialmente presente la pasión que genera el trabajo por el reino que hace «más llevadero» el martirio, por así decirlo, como ocurre también en otros martirios no religiosos, lo que puede hacer resplandecer más el amor a la persona de Cristo. Pero, por otra parte, también hay que tener en cuenta que los mártires «tradicionales» podían sentir existencialmente más que otros la cercanía de la recompensa estar promesa por Cristo. Con esto sólo queremos repetir la tesis: juzgar de la santidad subjetiva es asunto complejo y, a la postre, imposible.

diversos tipos de mártires, ni decide cuál sea mayor<sup>18</sup>. Pero sí quiere recalcar algo que nos parece importante: hay una forma «jesuánica» de martirio, esa forma se «parece más» a la forma histórica de la muerte de Jesús y a sus razones, y, en la actualidad, en América Latina y en el tercer mundo (pero piénsese también en Martin Luther King o Gandhi) han abundado esos martirios<sup>19</sup>.

### 3. Los mártires jesuánicos y la teología

*Tercera proposición.* Los mártires jesuánicos son un claro signo de los tiempos, y, sin embargo, la teología -en general- no los tiene presentes en su quehacer. Pero estos mártires son fuente del conocimiento teológico y ofrecen un determinado talante y unos contenidos fundamentales al quehacer teológico.

#### 3.1. Una paradoja que da que pensar

Los mártires jesuánicos en el tercer mundo son un hecho masivo e inocultable, y por ello constituyen un evidente signo de los tiempos en su acepción histórico-pastoral (cfr. *Gaudium et Spes*, 4). Si a ello se une la realidad de «los pueblos crucificados», el martirio caracteriza y distingue a nuestra época, temporal y cuantitativamente: ocurre ahora, masivamente, lo que antes no ocurría. Y, sobre todo, la caracteriza cualitativamente: en esos martirios la realidad ha pronunciado una palabra última, no sólo con cambios en la superficie de las cosas, sino con la vida y la muerte, el horror del pecado y la fascinación de la gracia.

Sin embargo, con la excepción de la teología de la liberación y de alguna otra, en la teología actual los mártires jesuánicos y los pueblos crucificados no están prácticamente presentes<sup>20</sup>, lo cual lleva a una triple pregunta. La primera es si la teología actual, también la progresista, asume realmente los signos de los tiempos en su propio quehacer, en cuanto es *intellectus veritatis*. Esa es la pregunta general. La segunda es más concreta: si asume el innegable signo de los

19. En nuestra opinión, el olvido del martirio jesuánico se debe en último término, al olvido, por parte de la cristología, del reino de Dios, referente esencial de Jesús, y a la concentración en la persona de Cristo.

20. La verdad es que tampoco el Vaticano II dijo nada importante sobre el martirio —ni menos sobre el martirio jesuánico—. Sólo menciona, como de pasada y en forma genérica, la persecución en *LG* 8 y el martirio en *AdG* 42. Tampoco dijo nada importante sobre la Iglesia de los pobres, a excepción de pequeñas alusiones en *LG* 8, *GS* 1, *AdG* 5. Y hay que decir que la relación entre ambas ausencias es bastante lógica. El tiempo, simplemente, no estaba maduro para estas cosas antes de Medellín.

tiempos que son los mártires. Y como de hecho no ocurre como debiera, surge una tercera pregunta sobre si, con los cambios de paradigma, los mártires se han hecho ya obsoletos, tema para la investigación histórica y para la piedad, pero no para el pensamiento teórico, como si la teología tuviera cosas más importantes de las que ocuparse que de mártires y pueblos crucificados. En ese sentido, se ha hecho ya clásica la queja de Pedro Casaldáliga: «Algunos creen que ya es hora de cambiar nuestros paradigmas. Y hasta les parece que los mártires estorban en esta memoria postmoderna o postmilitante»<sup>21</sup>.

Quizás puede objetarse que, de vez en cuando, algunos teólogos aluden al tema al hablar, si no de los mártires jesuánicos, sí del pueblo crucificado. Desde hace años se formula la pregunta de «si y cómo es posible hacer teología después de Auschwitz», reto que lanzaron clarividentes pioneros como Metz y Moltmann. En la realidad de las cosas, sin embargo, creemos que tampoco Auschwitz está muy presente en la teología actual, y, cuando se lo menciona, el acento suele recaer en el «después». Más aún, insistir en Auschwitz —barbarie ocurrida hace medio siglo— pudiera hacer que la teología se desentendiese de los Auschwitz actuales, así como al recordar a D. Bohoeffter, insiste todavía hoy más en sus intuiciones secularizadoras, el vivir *etsi Deus non daretur*, que en el hecho de su propio martirio.

Los mártires y los pueblos crucificados, sin embargo, siguen presentando el problema en el presente. Como dice Casaldáliga, para nosotros la pregunta no es «cómo hablar de Dios después de Auschwitz», sino «cómo hablar de Dios dentro de Auschwitz»<sup>22</sup>. Sin caer en una especie de subasta de la tragedia —dónde ha habido un mayor holocausto—, es importante recordar que en América Latina y en todo el tercer mundo ha ocurrido —muy recientemente— mucho de lo que ocurrió en Auschwitz, mientras continúa inmutable el holocausto que produce la injusticia y la pobreza, como lo muestran los informes anuales de Naciones Unidas (PNUD).

En conclusión, existe un flagrante signo de los tiempos que no es tomado seriamente en cuenta por la teología, y esto es paradójico y grave para una teología que quiere ser cristiana. «Mártires jesuánicos» y «pueblos crucificados», en efecto, son signos de los tiempos también en el sentido histórico-teologal, pues en ellos se manifiesta «la presencia o los planes de Dios» (*cf.* GS, 11). Esto es interpretación de fe, ciertamente, pero no es interpretación antojadiza, pues tiene tras sí la tradición del Antiguo Testamento en la que Dios está en íntima relación con el siervo sufriente, «mi» siervo, y, con mayor claridad, con la del Nuevo Testamento: en la cruz de Jesús se hace presente Dios, «Dios estaba en la cruz reconciliando al mundo consigo» (2Cor 15, 19), «verda-

\_\_\_\_\_ Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."

21. *El cuerno del jubileo* (Madrid, 1998), p. 11. Edición de José Simeón Cañas

22. *Todavía estas palabras* (Estella, 1989), p. 45.

deramente éste era el Hijo de Dios» (confiesa el centurión al pie de la cruz, Mc 15, 39).

Si en los mártires y pueblos crucificados hay presencia de Dios, la teología debe tomarlos en cuenta. Y al hacerlo, debe hacer de ellos cosa central, sin rebajarlos, como suele decirse, a contenidos de teologías contextuales. ¿Por qué va a tener potencial teológico universal una sentencia de Agustín del siglo V y no la realidad de los martirios actuales?

### 3.2. Los mártires jesuánicos, fuente de conocimiento teológico

Los mártires interpelan a la teología, como interpelan a la Iglesia, y a todo quehacer humano y eclesial. Lo mencionamos simplemente, pues de su capacidad de interpelación hablaremos en otro artículo de esta revista. Pasamos a analizar su aporte positivo.

De mártir a mártir, I. Ellacuría dijo pocos días después del asesinato de monseñor Romero: «con monseñor Romero Dios pasó por El Salvador». A los salvadoreños que morían lenta y violentamente los llamó «la presencia de Cristo crucificado en la historia». Esto quiere decir que los mártires (como personas y como pueblos) no sólo *remiten* a contenidos teológicos, Dios, Cristo, sino que, ante todo, los *hacen presentes*. De esa forma, los mártires se convierten en fuente de conocimiento teológico.

Esto quiere decir que la teología tiene ante sí no solamente textos—reflexiones (las reflexiones de los teólogos, comenzado por las inspiradas en la Escritura), sino también textos—realidades. Si esto es así, y no pura retórica piadosa, la teología debe tomar muy en serio sus textos—realidades. Más aún, debiera dar prioridad a la *realidad* sobre el *texto*, y al *presente* sobre el *pasado*, pues éste puede asumir aquél realmente, pero no a la inversa —lo cual debiera ocurrir, sobre todo, cuando se confronta con mártires y víctimas.

Mártires y víctimas, en efecto, son importantes para la fe, pero también para la epistemología. La realidad histórica de la cruz y su correlato teológico, un mesías crucificado —más que ninguna otra cosa—, es lo que siempre deja inquieta a la inteligencia, sin que un texto, por importante que sea, la sosiegue. Obviamente, para la teología es necesario hacer uso de *textos del pasado*. En el caso de mártires y víctimas, son importantes tradiciones como las paulinas y marcanas, «el viernes santo especulativo» de Hegel, el «sólo un Dios que sufre puede salvarnos» de Bonhoeffer. Pero los textos no bastan, pues la pregunta que las víctimas son en sí mismas sigue resonando en el *presente* y como pregunta *del presente*, que no puede ser acallada por respuestas del pasado. Además, ni siquiera los más vigorosos *textos* —sean del pasado o del presente— tienen, normalmente, en cuanto textos, suficiente capacidad para movilizar el espíritu humano y creyente en la búsqueda de una respuesta. Esa fuerza para preguntar y

para responder sólo proviene de la misma *realidad*. Y esa realidad de los mártires es la que otorga un determinado talante al quehacer teológico.

Los mártires, por serlo, exigen y posibilitan que la teología esté transida de un determinado talante. En primer lugar, el *talante teo-logical*, es decir de ultimidad. Los mártires, en efecto, no remiten meramente a lo categorial, sino a lo que para los seres humanos es último: la vida y la muerte. Hacen la pregunta de si es verdad que el reino de Dios tiene la última palabra y, por ello, si es posible la vida de los pobres, sus destinatarios privilegiados; si es verdad que Dios resucitó a una víctima, Jesús, haciéndole justicia, de modo que las víctimas de este mundo puedan tener esperanza.

En segundo lugar, el talante *dialéctico*, pues en su misma realidad expresan que existen víctimas y victimarios, justicia e injusticia, gracia y pecado. Expresan que existe el reino de Dios y el antirreino, el Dios de vida, *Abba*, y los dioses de la muerte. Expresan que Jesús es verdad y vida, y que el Maligno es mentiroso y asesino. Para la teología esto significa superar la mera yuxtaposición de verdades (sin que este peligro desaparezca ni siquiera apelando a la jerarquía de verdades). Los mártires expresan en sí mismos lo dialéctico y duélico de la realidad, y por esa razón fundamental, la teología debe ser anunciadora y denunciadora, *eu-aggelica* y profética.

En tercer lugar, el talante *soteriológico*. Los mártires son los que fundamentan —o pueden fundamentar— la esperanza de que en la cruz (junto con la vida y resurrección) de Jesús hay salvación. Los textos sobre la cruz de Jesús son una escandalosa invitación a la fe y también a la esperanza en la historia —y en definitiva, pueden ser invitación, porque la cruz es expresión de amor. Pero esto no tiene por qué permanecer en la historia como «pura» fe, sin ningún tipo de verificación, como si fuese irrelevante el que en la historia hubiese o no cruces que expresan amor, y así esperanza y salvación. Los mártires latinoamericanos (una vez más, tomados en su conjunto, como mártires jesuánicos y pueblos crucificados) expresan luz sobre la verdad de nuestro mundo y expresan amor a los pobres de este mundo. Así, «verifican» la verdad de que en la cruz de Jesús hay salvación.

Por último, el talante *mystagógico*, pues los mártires ponen a la teología ante el misterio. En negativo, expresan claramente el problema de la teodicea, y el de la antropodicea. En positivo, expresan la esperanza última en el futuro de Dios. En definitiva, los mártires hacen que, por necesidad y existencialmente, la teología sea teo-logical, y que todo lo categorial en ella esté bajo la *reductio in mysterium*.

### 3.3. Los mártires jesuánicos y los contenidos de la teología

Los mártires jesuánicos posibilitan y exigen un determinado talante de la teología. Pero, además, iluminan contenidos importantes.

a) **La cristología.** Es evidente la importancia de los mártires jesuánicos para la cristología. Iluminan la figura de Jesús y la estructura fundamental de su vida -hermenéuticamente al menos, debieran ser fundamentales para comprender a Jesús. En su vida y muerte, reproducen la encarnación-abajamiento, la praxis de anuncio-denuncia, el destino de la cruz-resurrección (ésta última más análogamente, por supuesto, pero sin ignorar que un monseñor Romero «vive»). Los mártires son, histórica y existencialmente, la mejor *mystagogía* para la cristología.

Como Jesús, los mártires son seres humanos «sin añadidos», lo cual lo muestra históricamente el hecho de que son asesinados hombres y mujeres, obispos y campesinos, periodistas y maestros, abogados y estudiantes, salvadoreños y extranjeros... El ejercicio de lo «humano» en ellos, y no algún añadido (ser de un país o de otro, pertenecer a la jerarquía o a la base...) es lo que origina su muerte. Pero, aunque «sin añadidos», los mártires, como el mediador de la Carta a los Hebreos, concretan e historizan lo humano en forma de misericordia (salir en defensa del débil), de fidelidad (de modo que, normalmente, el martirio es la culminación de un proceso de difamación y persecución), de entrega (en la que dan no ya de la propia vida, sino la propia vida) y de solidaridad (en favor de y junto con aquellos a quienes llaman «hermanos»: los pobres). Los mártires expresan la *pneumatología in actu*: expresan la fuerza del Espíritu de Dios para ser -histórica y actualizadamente- como Jesús.

b) **La eclesiología.** Por lo que toca a la eclesiología, baste decir que los mártires «son creadores de Iglesia»<sup>23</sup>. Y los mártires jesuánicos lo son a la manera, paradójica, de Jesús: crean Iglesia, muriendo por los otros, no por lo propio. Así, estrictamente hablando, los mártires jesuánicos no son mártires de la Iglesia, o, dicho con mayor precisión, no son mártires sólo de la Iglesia —como, obviamente, no lo fue Jesús<sup>24</sup>. Formalmente, son «mártires del reino de Dios»<sup>25</sup>, mártires de la humanidad pobre y oprimida.

Cuando el 24 de marzo de 1980, monseñor Romero fue asesinado en el altar, los historiadores buscaron un precedente y lo creyeron encontrar en Thomas Becket, arzobispo de Canterbury, en el siglo XII. Sin embargo, entre ambos martirios existe una diferencia importante. El arzobispo de Canterbury fue asesinado por defender los intereses —legítimos— de la Iglesia en contra de la

23. Cfr. José M. Tojeira, «El martirio en la Iglesia actual. Testigos de Cristo en El Salvador», *ECA* 589-590 (1997) p. 1093.

24. De ahí que la Iglesia deba tener sumo cuidado al afirmar, por ejemplo, «Monseñor Romero es nuestro» -problema que resurge ahora que está en marcha su proceso de beatificación. Véase lo que escribimos en «El proceso de canonización de Monseñor Romero», *Revista Latinoamericana de Teología* 43 (1998), p. 12s.

25. L. Boff, *op. cit.* p. 130. Digitizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J." Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

ambición de la corona. Monseñor Romero fue asesinado por defender los derechos de los pobres y oprimidos en contra de la opresión y la represión de los poderosos —y por nada más. Los mártires jesuánicos expresan la ex-trinsicidad, el descentrarse, que le es esencial a la Iglesia y que le es necesaria para llevar a cabo su misión salvífica.

Los mártires son hoy quienes ofrecen el mejor rostro del cristianismo y otorgan credibilidad a la Iglesia —el problema de la relevancia eclesial. Y son hoy quienes hacen presente a Jesús de Nazaret, venciendo la tentación recurrente de la Iglesia de alejarlo de ella («Señor, no vuelvas» que dice el gran inquisidor).

**c) El misterio de Dios.** Los mártires jesuánicos nos retrotraen al misterio de la realidad última, al misterio de Dios.

*El Dios de vida.* Lo primero que expresan los mártires es la interpelación que hace lo último de la realidad a la disponibilidad de entregarlo todo, hasta lo último de la persona. En este sentido, el martirio no es, ni histórica ni religiosamente, algo específico y exclusivamente cristiano. Todo ser humano puede ser interpelado por Dios —por la ultimidad de su conciencia, por la ultimidad de la realidad— hasta el punto de que tenga que dar la vida. El martirio expresa la disponibilidad de la creatura a dejar a Dios ser Dios en la aceptación de la propia muerte. En ese martirio tienen cabida todos los que han muerto por dar vida.

Lo que hacen los mártires jesuánicos es concretar la razón de la interpelación: Dios puede exigir dar la vida para que haya vida, liberación, fraternidad... (lo cual no tienen por qué expresarlo explícitamente otros martirios, digamos: dar la vida por defender un determinado dogma). El martirio ocurre, entonces, por causa de la fe en ese Dios, pero con la comprensión específica de la fe *práctica* que corresponde a ese Dios: «Hacer justicia, ¿no es esto conocerme?» (Jer 22, 15s; cfr. Os 6, 6). Del Dios de vida se da testimonio, en último término, *dando vida*. Esa comprensión jesuánica —parcial— del martirio es la que, paradójicamente, lo hace universal y ecuménico.

*El Dios en lucha con los dioses.* Al Dios de vida se oponen activamente los ídolos de muerte, y por ello, el testimonio en favor de Dios es simultáneamente testimonio en contra de los ídolos; a la justicia en favor de Dios acompaña simultáneamente la lucha «a muerte» contra los ídolos, que, en su forma histórica y actual, tal como los concibieron los profetas y Jesús, son mammon, la acumulación acaparadora en manos de unos pocos de los recursos necesarios para la vida de la familia humana, el uso del poder y la violencia represivas. Para Jesús, reino de Dios y antirreino, Dios de vida e ídolos de muerte, representan totalidades contrapuestas y dúlicas de modo que unas hacen contra otras —y de ahí la lógica intrínseca de que se lleguen a infligir la muerte a los que defienden la vida.

Esto lo expresan con toda claridad las mártires jesuánicas. La dialéctica que acabamos de mencionar no acaece sólo en la esfera religiosa, sino que se expresa sobre todo en la realidad histórica. Los mártires jesuánicos mueren hoy a manos de los que concentran poder militar, económico, político. Son los ídolos que exigen víctimas para subsistir. Y, como decía monseñor Romero: «¡Ay de quien toca los ídolos! Son como un alambre de alta tensión. Se quema». Desde un punto de vista teológico, no tiene nada de sorprendente que oligarquías, superpotencias y ejércitos den muerte.

*El Dios de los pobres.* El Dios de los mártires jesuánicos es un Dios de los pobres: es «el Dios que quiere la vida del pobre por el mero hecho de serlo». Estos mártires son quienes, eficazmente, mejor introducen al pobre y la vida del pobre en el ámbito teológico (así como la teología, la paulina sobre todo, introdujo en ese ámbito al pecador y su justificación: «Dios justifica por gracia al pecador»). Los mártires expresan y radicalizan la hondura de la opción por los pobres, elevándola al nivel teológico. Realizan *in actu* las palabras de Puebla: «Por esta sola razón, los pobres merecen una atención preferencial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren. Hechos a imagen y semejanza de Dios para ser sus hijos, esta imagen está ensombrecida y aun escarnecida. Por eso Dios toma su defensa y los ama» (n. 1142). Los mártires «jesuánicos» son quienes mejor esclarecen el principio jesuánico: aman al pobre hasta el final y por el mero hecho de serlo.

*El misterio de Dios.* Los mártires jesuánicos expresan, por último, lo que en Dios hay de voluntad de cruz por salvar al pobre. Expresan el escándalo último de que el mismo Dios, para ser en favor de los hombres, queda a merced de los hombres. Expresan lo que en Dios hay de resucitador, al mantener la esperanza de que el verdugo no triunfará sobre las víctimas. Expresan el humilde caminar con Dios en la historia hasta el final, cuando Dios será todo en todos.

Todos los mártires, en cualesquiera de sus formas, ofrecen a la teología fuentes de conocimiento, talante y contenidos. Los mártires jesuánicos no agotan todo ello, pero, por «parecerse a Jesús» dan una especificidad jesuánica a la teología, que, en nuestra opinión, es muy importante en nuestros días. Cuando la teología se distancia de Jesús de Nazaret y, sobre todo, de su cruz, se aburguesa.

#### **4. El pueblo crucificado: referente de los mártires jesuánicos**

Los mártires jesuánicos muestran en la actualidad la excelencia de la muerte cristiana, y junto a ellos hay que considerar a los mártires tradicionales por odio a la fe. Pero, análogamente, también hay que tener en cuenta a no creyentes que dan su vida por el reino de Dios. Incluso a cristianos (y no cristianos), que por amor al pueblo han hecho uso de la violencia armada, más allá del uso de la



violencia profética violencia y social. Santo Tomás no vio dificultad en considerar la muerte del soldado como posible martirio, pues «el bien de la república es el más alto de los bienes» y «cualquier bien humano puede ser causa del martirio en cuanto es referido a Dios»<sup>26</sup>. Que este último tipo de muertes sean martiriales permanece una *quaestio disputata*, y, en el fondo, sólo Dios puede juzgar dónde ha existido un amor mayor.

Todas estas formas de muerte muestran, o pueden mostrar, la excelencia de la muerte cristiana (o humana, anónimamente cristiana). No son iguales, y por ello hay que hablar aquí del martirio en forma análoga. Pero hay otro tipo de muerte<sup>27</sup> a la que sólo hemos hecho una breve alusión: la de los asesinados masiva, inocente y anónimamente, sin haber hecho uso de ninguna violencia, ni siquiera la de la palabra. No entregan activamente la vida por la defensa de la fe y ni siquiera, en directo, por defender el reino de Dios. Son considerados como «estorbos», que deben ser eliminados para deshacerse con más facilidad de los que trabajan explícitamente por la justicia. Son los campesinos, los niños, las mujeres y los ancianos sobre todo, que mueren lentamente día a día y mueren violentamente con increíble crueldad y en total indefensión. Son, simplemente, matados y masacrados. Y ni siquiera tienen libertad para escapar de la muerte. Son el siervo de Yahvé, los pueblos crucificados.

Si nos preguntamos por su posible martirio y lo comparamos con el de los mártires jesuánicos, la respuesta es compleja. Si se considera el martirio desde la respuesta del antirreino a quien lucha *activamente* por el reino, el *analogatum princeps* es el que se parece a Jesús, ejemplificado en monseñor Romero. Si se lo considera desde el cargar con el pecado del antirreino, el *analogatum princeps* son estas mayorías indefensas, que son dadas muerte inocente, masiva y *pasivamente*.

Comparadas con la muerte de Jesús, las muertes de estas mayorías, hablando descriptivamente, expresan menos el carácter activo de lucha contra el antirreino y la explícita libertad con que se las aborda. Pero, por otro lado, expresan más «la inocencia histórica» —pues nada han hecho para merecer la muerte más que el ser pobres— y la indefensión —pues ni posibilidad física tienen de evitarla. Sobre todo, son esas mayorías las que cargan injustamente con un pecado que les ha ido aniquilando poco a poco en vida y, definitivamente, en muerte. Estas

- 
26. *ST II-II*, q. 124, a 4, ad 3. Afirma también que quienes mueren «defendiendo a la patria del ataque de los enemigos que maquinaban la corrupción de la fe cristiana» pueden ser llamados mártires, *In IV Sent.* dis. XLIX, q.V, a.3, quaest. 2, ad 11. La razón fundamental para estas afirmaciones está en que «padece por Cristo no sólo el que padece por la fe en Cristo, sino también el que padece por cualquier obra de justicia» (*In Ep. ad Rom.*, VIII, c. 1).
27. Cfr. *Jesucristo liberador* (San Salvador, 1991), pp. 447-451.

mayorías son las que mejor expresan el ingente sufrimiento del mundo. Sin pretenderlo y sin saberlo, «completan en su carne lo que falta a la pasión de Cristo». Son hoy el siervo doliente y son el Cristo crucificado. Son las que más trágicamente muestran toda la negrura de la pasión del mundo.

Y ahora nos preguntamos: ¿dónde hay *más excelencia cristiana*, en la muerte de los mártires jesuánicos o en la del pueblo crucificado? Sinceramente, no tengo respuesta. La muerte de los mártires jesuánicos es grata a Dios, porque expresa amor. La muerte del pueblo crucificado es lo que desencadena el mayor amor de Dios. Apelamos, pues, a palabras cristianas últimas para balbucear cómo poder hablar de la excelencia de una muerte. Y cuando se trata de la muerte del pueblo crucificado, la última palabra es el silencio, o la encarnación en esa muerte. Hemos hablado antes de analogía entre las muertes de los mártires activos. Es la analogía *menor*. Ahora, al comparar a los mártires jesuánicos con el pueblo crucificado, estamos ante la analogía *mayor*.

La fe cristiana afirma escandalosamente que en ambas muertes hay excelencia, siendo esto más escandaloso cuando se aplica a la muerte del pueblo crucificado que a la de los mártires jesuánicos. Poner en relación la excelencia de ambas muertes sólo se puede hacer análogamente, pero no es inútil preguntarse qué es lo que da sentido a qué. Pues bien, el pueblo crucificado es, en definitiva, lo que da sentido a los mártires jesuánicos. Estos se han incorporado activa y libremente a la muerte del pueblo crucificado, lo han hecho para salvarlo, y han sido salvados por él.

¿Y qué es lo que da sentido a la muerte del pueblo crucificado? Esto es lo más hondo del misterio de la fe cristiana y lo que sólo tiene una respuesta de fe, fe acompañada de esperanza y puesta a producir en el amor. La respuesta es que Dios los ama, que son los privilegiados de Dios.

En lo personal no sé ir más allá de esta respuesta, pero quiero insistir en la excelencia de la muerte del pueblo crucificado, porque esta muerte es mucho más ignorada que la muerte de los mártires jesuánicos y a veces es totalmente silenciada. En la Iglesia, en las tradiciones de las órdenes religiosas, se sabe qué hacer con los mártires activos, pero casi nunca se sabe qué hacer con los pueblos crucificados. Y eso nos empobrece a todos.

Hay lecturas de los sinópticos, por ejemplo, que saben qué hacer con los discípulos y los seguidores de Jesús, pero no con las multitudes que acudían a él de todas partes: pobres, enfermos, pecadores, mujeres, publicanos. Y sin embargo, de estos últimos dice Jesús que de ellos es el reino de Dios. A veces suelo decir, no por ironía, sino para iluminar, que sin hacer la meditación de las dos banderas de los *Ejercicios Espirituales* de san Ignacio, dos o tres mil millones de seres humanos han sido elegidos para vivir en pobreza y han sido puestos con el Hijo. Sabemos qué hacer con los seguidores que pueden ser puestos con el

Hijo, pero con frecuencia no sabemos qué hacer con aquellos que han sido crucificados con él, "puestos" con él sin pedirlo ni saberlo.

Algo semejante puede ocurrir con los mártires. Aunque no en todas partes, sabemos qué hacer con los "mártires jesuánicos", pero con frecuencia no sabemos qué hacer con el "pueblo crucificado". Y precisamente lo que aquéllos nos piden es que estemos junto a la cruz de éstos, que respetemos profundamente su misterio, que esconde y transparenta a la vez el misterio de Dios, que nos dejemos agraciar, perdonar, salvar por ellos. Y que nos desvivamos, hasta dar nuestras vidas, por bajarlos de la cruz.

